

ARÁOZ, Horacio Machado. “Orden neocolonial, extractivismo y ecología política de las emociones”. *RBSE – Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, v. 12, n. 34, pp. 11-43, Abril de 2013. ISSN 1676-8965.

ARTIGO

<http://www.cchla.ufpb.br/rbse/Index.html>

# Orden neocolonial, extractivismo y ecología política de las emociones

*Horacio Machado Araújo*

*Recebido em:* 28.11.2012

*Aprovado em:* 30.12.2012

**Resumen:** Partindo da explicitação das conexões histórico-geopolíticas que identificamos entre neoliberalismo, extrativismo e neocolonialismo, o presente trabalho busca traçar uma cartografia crítica do atual contexto neodesenvolvimentista predominante na América Latina. Em particular se procura indagar sobre a específica ecologia política das emoções que se configura como base estrutural dos entornos do colonialismo moderno-contemporâneo. Ao basear-se na ecologia política de base marxiana e nos desenvolvimentos da sociologia das emoções na esfera decolonial oferecida por Scribano, o trabalho recorre a uma revisão das principais transformações verificadas nas últimas décadas na região, nos apoiamos metodologicamente, tanto na revisão bibliográfica da problemática, como nas estatísticas macro disponíveis e nos trabalhos etnográficos realizados nos últimos anos nas comunidades afetadas por megaemprendimentos mineiros. A modo de conclusão se busca ressaltar a relevância do conceito de expropriação ecobiopolítica como efeito da específica política dos corpos e as emoções que se ativam nos atuais cenários do extrativismo. Em contraste, se oferece uma valorização diferencial dos significados e os horizontes políticos que, como alternativas, se abrem e estão em pleno processo de produção desde os movimentos sociais na

resistência ao atual padrão de dominação. **Palabras-chave:**  
extractivismo, neocolonialismo, política de las emociones

\*

## **A modo de introducción. Neodesarrollismo extractivista y orden neocolonial en América Latina**

Durante la presentación del Proyecto Potasio Río Colorado, que contempla una inversión de 29.500 millones de pesos, y al que definió como el megaemprendimiento minero más grande del mundo, la presidenta Cristina Kirchner (...) exhortó a "mantener el desarrollo de toda la región para contribuir a una economía global en momentos muy difíciles". "Quiero resaltar -agregó- la necesidad estratégica de unir esfuerzos en América del Sur (...) porque tenemos todo lo que el mundo necesita y necesitamos incorporar al mercado a millones de sudamericanos, no sólo por sensibilidad sino por inteligencia". (Diario Página 12, 19 de julio de 2012)

Desde el último cuarto del siglo XX, las sociedades latinoamericanas se convirtieron en el 'laboratorio global' de las políticas neoliberales. Con el terrorismo de Estado de los '70, se inicia un nuevo ciclo de acumulación por desposesión (Harvey, 2004) que, tras la crisis de la deuda de los '80 y las políticas del Consenso de Washington de los '90, desemboca abruptamente en el nuevo milenio, en la plena instauración del actual ciclo de neodesarrollismo extractivista (Machado Aráoz, 2011a; 2012).

Tras la crisis de gobernabilidad de inicios de siglo, los gobiernos emergentes ensayaron nuevas estrategias de

‘recuperación’ económica, profundizando las políticas de captación de IED (inversión extranjera directa), apertura comercial y promoción de exportaciones. Así, se aceleró el ingreso de grandes corporaciones ligadas a la exportación de materias primas; se incrementaron abruptamente las tasas de extracción de hidrocarburos, de yacimientos minerales, de recursos forestales y pesqueros; se expandieron las superficies de monocultivos de exportación; la radicación de fases industriales altamente contaminantes y/o intensivas en agua y energía, y los procesos de privatización-patentamiento de la diversidad biológica por parte de grandes laboratorios (CEPAL, 2002; 2010; Schapper, 1999 Gudynas, 2009). Como un aspecto no menor, se avanzó, además, en el diseño de mega-obras de infraestructura y nuevos corredores transcontinentales (Plan Puebla-Panamá y la Iniciativa para la Infraestructura Regional Sudamericana –IIRSA) para asegurar la ‘conectividad’ de los territorios, la disponibilidad de agua y energía a los inversores y la plena movilidad de los ‘recursos naturales’.

Estas transformaciones implicaron una abrupta expansión territorial de las fronteras del capital sobre la vasta riqueza y diversidad ecológica de la región<sup>1</sup>. Bajo el

---

<sup>1</sup> En las últimas dos décadas, las grandes plantaciones de monocultivos – principalmente de caña, soja, maíz transgénicos y forestales- llegaron a ocupar 680.000 km<sup>2</sup> de la Amazonía y 140.000 km<sup>2</sup> en Argentina, en tanto que en Paraguay pasaron de 8.000 km<sup>2</sup> en 1995 a 20.000 km<sup>2</sup> en 2003, y en Bolivia verificaron un incremento de 10.000 km<sup>2</sup> en el mismo período (CEPAL, 2002; Cifuentes Villarroel, 2006). En lo que respecta a la expansión de la gran minería metalífera, el área concesionada a proyectos de exploración y explotación minera llegó a cubrir el 10 % del territorio de la región a fines de 2000 (Cifuentes Villarroel, 2006). En el caso de Chile, la superficie concesionada alcanzaba al 10.6 % en 2003 (80.000 km<sup>2</sup>); en el Perú, llegó a cubrir más de 105.000 km<sup>2</sup> en el 2006; en Ecuador al 16,7 % en

creciente control de grandes núcleos corporativos transnacionalizados, se termina consolidando una profunda reversión de la economía latinoamericana, caracterizada por su *re-primarización, concentración y extranjerización* (Arceo, 2007; Martins, 2005). La exportación de productos primarios pasó a ser la clave de la nueva ecuación macroeconómica de la región<sup>2</sup>.

De tal modo, el nuevo milenio encuentra a América Latina sumergida bajo un nuevo ciclo extractivista. Con la irrupción de los llamados ‘gobiernos progresistas’, la región experimenta el pasaje del *Consenso de Washington* al *Consenso de Pekín*<sup>3</sup>. En un contexto histórico signado por la *crisis ecológica global* (crisis climática, de la biodiversidad, hídrica, energética y alimentaria) (Machado Aráoz, 2011b), la instauración del *extractivismo* opera la apertura y puesta en disponibilidad de los territorios y recursos de la región como objeto preferencial de la reapropiación y reasignación general de flujos y procesos productivos del capital global. Se

---

2004 (45.513 km<sup>2</sup>); en Panamá, el 45 % del territorio, mientras que en Argentina, la exploración minera abarcó rápidamente el 25 % de la superficie estimada con potencial minero (Cifuentes Villarroel, 2006; Machado Aráoz, 2010).

<sup>2</sup> Las ventas externas de bienes agropecuarios, forestales e ictícolas pasaron de 2.800 millones de dólares en 1970 a 72.300 millones de dólares en 2008; en tanto que las exportaciones mineras saltaron de 3000 millones de dólares a 140.300 millones de dólares en el mismo lapso. En términos generales, el peso de la exportación de materias primas sobre el total de exportaciones llegó a alrededor del 90 % en países como Venezuela, Ecuador, Chile, Perú y Bolivia, y entre el 70 y el 60 % en países como Colombia, Uruguay, Argentina y Brasil (Cepal, 2010a; 2010b).

<sup>3</sup> Parafraseo acá una expresión de Maristella Svampa (2012) que refiere a esta fase como la del ‘Consenso de las commodities’. En nuestro caso, preferimos mencionar la relevancia de las transformaciones geo-económicas mundiales que tiene la ‘irrupción’ de la industrialización de China y su papel en la región.

concreta la integración subordinada del aparato productivo regional como proveedor masivo de bienes primarios y energéticos para los nuevos espacios de ‘desarrollo industrial’ de la economía mundial.

En realidad, no se trata de un proceso nuevo en la historia económica (ecológica y política) de la región, sino todo lo contrario: estamos ante un fenómeno que, como advierte Alimonda (2011), puede ser considerado *la marca de origen de lo latinoamericano*, esto es, “la persistente colonialidad” que *afecta* a su naturaleza. Ésta,

“tanto como realidad biofísica (su flora, su fauna, sus habitantes humanos, la biodiversidad de sus ecosistemas), como su configuración territorial (la dinámica sociocultural que articula significativamente esos ecosistemas y paisajes) aparece ante el pensamiento hegemónico global y ante las élites dominantes de la región como un *espacio subalterno*, que puede ser explotado, arrasado, reconfigurado, según las necesidades de los regímenes de acumulación vigentes” (Alimonda, 2011: 22 *Resaltado nuestro*).

La concepción colonial de la naturaleza, profundamente incrustada en la colonialidad del ‘desarrollo’, es una historia recurrente en América Latina. Somos hoy el producto de esa historia de “*cinco siglos igual*”... Las gravosas desventajas geopolíticas, económico-estructurales, las específicamente ecológicas y las propiamente sociales y políticas en el ámbito interno, han sido profusamente investigadas y advertidas a lo largo de la propia historia de las ciencias sociales en la región (Acosta, 2009; AAVV., 2009; AA.VV. 2012). Las conexiones entre extractivismo, oligarquías internas y regímenes coloniales globales han sido el *leiv motiv* de la

tradición crítica del pensamiento latinoamericano (Roitmann, 2008; Chibber, 2005). Y sin embargo, en pleno siglo XXI, los gobiernos de la región, apoyados además en sendas mayorías populares, parecen recaer en esta vieja encerrona de la historia.

Pero claro, la encrucijada del presente, parece más compleja que otras épocas; y a no dudar, mucho más crucial que nunca antes. Porque hoy el colonialismo se reviste de ‘progresismo’; se ha puesto sus ropajes de ‘democratización e inclusión social’... Es que, ciertamente, la vorágine extractivista ha permitido a la región *crecer a ‘tasas chinas’*. Una etapa de insólitos de superávits comerciales hizo posible a los gobiernos no sólo cumplir con las obligaciones de la deuda externa, sino también ‘reflotar’ viejos aires keynesianos y hasta ensayar ciertas políticas y programas de intención redistributiva. Así, tras décadas de ‘ajustes’ crónicos y ‘economías de guerra’, el crecimiento-desarrollo irrumpe en este escenario con toda la fuerza de su productividad (bio)política. Los planes sociales alientan el consumo popular; la obra pública tracciona el mercado interno y la ‘recuperación del empleo’ construye sólidas mayorías electorales.

Se ha vuelto un lugar común hablar de ‘postneoliberalismo’. En la superficie (oficialista) de las sensibilidades políticas prima el clima y la *vivencia* de la ‘recuperación’. El ritmo y la continuidad del crecimiento acallan todas las voces críticas. Desde la oficialidad del poder se recalca que “*lo realmente importante es crecer*”; lo que realmente cuenta políticamente es que “se ha dejado atrás” el ciclo perverso de ajustes, desempleo y especulación financiera. “*Sostener el crecimiento*” es la

prioridad; es el objetivo excluyente, la condición innegociable, “no sólo por sensibilidad, sino por inteligencia” como remarca una connotada Jefa de Estado de la región.

En ese juego, en las encrucijadas del neodesarrollismo extractivista, en sus intensas y profundas contradicciones, que salen a la luz en estallidos y conflictualidades que crecen al ritmo y a la par del ‘modelo’, se desenvuelve la realidad dilemática del neocolonialismo contemporáneo que atraviesa profundamente a la región (Machado Araújo, 2012). Su lectura, análisis e interpretación viene siendo ardua e intensamente tratada en el propio campo de las ciencias sociales (que, por cierto, no es ajeno, al campo de las batallas políticas, sino uno de sus más estratégicos capítulos) (Scribano, 2010; Alimonda, 2011; AA.VV. 2012; Svampa, 2012).

A nuestro entender, toda lectura que procure ver los contornos neocoloniales del presente debe recurrir, como una de sus herramientas clave, a *una ecología política de las emociones y de los cuerpos*. De lo contrario, resulta bastante difícil no caer bajo los encantos fetichistas, propiamente coloniales, del desarrollismo; más aún el ‘de izquierdas’ (Quijano, 2000). Es que, una ecología política de las emociones y los sentimientos proporciona una mirada especialmente potente para aproximarnos comprensivamente a las complejas astucias del fenómeno colonial; una perspectiva fundamental para auscultar en los misteriosos efectos que hacen a su ‘poder de encantamiento’ y a su larga sobrevivencia histórica.

Esa tarea, de modo muy preliminar, nos proponemos en este trabajo. Apelando al materialismo histórico de la ecología política de Marx (Marx, [1844] (1978); [1857] (1971); [1867] (1977); Foster, 2004; Foladori, 1996) y a

los desarrollos de la sociología de las emociones en clave decolonial ofrecidos por Scribano (Scribano, 2007; 2008a; 2008b; 2009; 2010; Scribano et Alt., 2010), intentamos trazar una cartografía crítica del actual ciclo de neodesarrollismo extractivista concibiéndolo como cabal expresión del orden de sujeción colonial que, en nuestros días, constituye a la región como enclave socioterritorial decisivo de extracción de plusvalías energéticas -ya como ‘materias primas’, ya como ‘trabajo excedente’- para el sostenimiento de la acumulación en la actual fase de capitalismo senil.

Para ello, partimos de un somero análisis de la anatomía y la fisiología histórica del colonialismo, para luego, desembocar en la indagación de las políticas de las emociones y los efectos ecobiopolíticos que se articulan en el ‘sostenimiento’ y las condiciones de posibilidad de los entornos extractivistas. Finalmente, desde esa misma mirada, esbozamos una valoración diferencial de las encrucijadas y desafíos que ponen sobre el campo de las batallas políticas, los nuevos sujetos en re(ex)istencia (Porto Goncalves, 2006): los *movimientos del Buen Vivir*, emergentes de los umbrales mismos del extractivismo.

### **Anatomía y fisiología política del coloniaje. Capas y ciclos históricos de la violencia.**

“La Conquista fue, ante todo, una tremenda carnicería. Los conquistadores españoles, por su escaso número, no podían imponer su dominio sino aterrorizando a la población indígena...” (José Carlos Mariátegui, [1929], 2004: 42).

“Los orígenes de la primitiva acumulación pretenden explicarse relatándolos como una anécdota del pasado. En tiempos muy remotos –se nos dice- había,



de una parte, una minoría trabajadora, inteligente y, sobre todo, ahorrativa, y de la otra, un tropel de descamisados, haraganes, que derrochaban cuanto tenían y aún más. (...) Sabido es que en la historia real desempeñan un gran papel la conquista, la esclavización, el robo, el asesinato; la violencia en una palabra. (Carlos Marx [1867] 1977: 607)

“La violencia... ha presidido la constitución del mundo colonial,... ha ritmado incansablemente la destrucción de las formas sociales autóctonas,... ha demolido sin restricciones los sistemas de referencia de la economía, los modos de apariencia, la ropa...” (Franz Fanon [1961] 2001: 35)

Más allá de las astucias de la razón, no cabe perder de vista que los orígenes mismos del capitalismo como geocultura imperial, se remontan a las tierras de Nuestra América, justamente concebida *ab initio*, como tierra de saqueo, *espacio abismal* (*sensu* Souza Santos, 2009) de ejercicio de las más brutales formas de explotación, tanto de la naturaleza *exterior*(-territorio), como de la naturaleza *interior*(-cuerpos-de-trabajo). Y no cabe tampoco pasar por alto que los orígenes del colonialismo remiten a la invención práctica de formas históricamente inéditas y descomunales de violencia. A su ejercicio cíclico y sistemático, progresivamente perfeccionado a lo largo de la geografía histórica de la mundialización de *Occidente*.

Pero si los efectos macro-estructurales -epistémicos, ambientales, geopolíticos y geoeconómicos- de la conquista y colonización de ‘América’ son harto conocidos como el punto de génesis del ‘orden civilizatorio’ del capital, la organización colonial del

mundo y la *colonialidad de la razón* (Dussel, 1992), los efectos micro-(bio)políticos (es decir, *los atinentes a la política de la estructuración de los cuerpos, las emociones y los sentimientos*) no han sido, todavía, suficientemente destacados. Aludimos con ello a los efectos que el ejercicio sistemático y brutal de variadas formas históricas de violencia ha tenido y tiene como vector constitutivo de las subjetividades que ‘nacen’ en entornos coloniales. No estamos refiriendo sólo ni principalmente de los ‘factores psicológicos’, sino que hablamos - en términos propiamente eco-biopolíticos-, de los distintos estados corporales y sociales que la violencia colonial es capaz de producir. De los efectos de *larga duración* de esa violencia sobre los territorios y los cuerpos; de cómo esa violencia impacta en las poblaciones; en los cuerpos de sus individuos, acá considerados como agencialidades con capacidades afectivas, emotivas y sensitivas, y de cómo esas formas de violencia emergen como elemento configurador clave de los *habitus* coloniales.

Desde esta perspectiva, es posible vislumbrar hasta qué punto el mundo moderno-contemporáneo está hecho de cuerpos *educados* en la violencia y hasta qué punto también el colonialismo resulta un objeto especialmente esquivo para la Razón. La propia naturaleza colonial de la razón moderna hace parte esencial de su invisibilización /encubrimiento (Dussel, 1992; 2000). Y las dificultades no son sólo estrictamente ‘cognitivas’; sino más bien *afectivas*. Es decir, tienen que ver con las amputaciones radicales a través de las que la Razón definió el ‘conocimiento’: con la escisión abismal que introduce entre *mente* y *cuerpo*, *razón* y *emoción/sentimientos*. De modo que la dificultad principal que el ‘objeto colonial’

presenta para la ‘razón moderna’ tiene que ver con su incapacidad (in-sensibilidad) para buscar ‘razones’ en el ámbito de las emociones, los sentimientos y los cuerpos, justamente el lugar por excelencia donde anidan las raíces del colonialismo/colonialidad.

Frente a esa radical dificultad originaria, sólo una *epistemología del Sur* —es decir, una racionalidad no escindida de su afectividad; una capacidad cognitiva sufriendo, doliente y sangrante— (Souza Santos, 2009; Scribano, 2012) es capaz de remover semejante obstáculo epistémico-político. Desde esa perspectiva, cobijada en las ideas de Bartolomé de las Casas, de Martí, de Mariátegui, del propio Marx, de Rosa Luxemburgo, de Aimé Césaire, Franz Fanon, Paulo Freire, entre tantos y tantas otros, puede verse y *percibirse* el papel central y decisivo que tiene la violencia como epicentro generativo, como *medio de producción y de legitimación*, del orden colonial.

Vista desde esta episteme, la trayectoria histórica de la naturaleza latinoamericana, con sus dolorosas heridas y cicatrices largamente acumuladas en los territorios y los cuerpos, huellas estructurales de los distintos y sucesivos ciclos de explotación, muestra *en carne propia* la anatomía y la fisiología histórica del coloniaje. Esas marcas-cicatrices permiten percibir el colonialismo como el producto histórico-político de un específico modo de producción y ejercicio de la violencia que se institucionaliza en las ‘formas de vida modernas’; se somatiza en los sujetos ‘modernos’, es decir, habitan sus sensibilidades y sus formas de sociabilidad, y crean así, una forma de dominación de larga duración, que, justamente tiene en su específica política de las

emociones, el ‘secreto’ misterioso de su extraña longevidad.

En efecto, el suelo de positividad del colonialismo está hecho de una violencia radical, geológica, reproducida a través de distintos *ciclos históricos de violencia* diversificada y luego, harto sedimentada en las sucesivas capas de la memoria social históricamente acumuladas en los territorios y los cuerpos. En sus inicios, el colonialismo apela a las formas más radicales y más extremas de violencia, aquellas, que, como advirtiera Mariátegui ([1929] 2004), es capaz de producir el estado social de *terror*; un escenario en el que el exagerado ejercicio de la crueldad funciona como pedagogía política por excelencia para inculcar la educación social de la dominación; para predicar el *sometimiento* y la *resignación* como estados sociales del alma.

La productividad política del terror es, así, la marca de origen del colonialismo, su rasgo específico y distintivo. Desde las crónicas de las Indias Occidentales a los estudios clásicos sobre el colonialismo, de la investigación de Eric Williams sobre la esclavitud a los capítulos XIII y XXIII de “El Capital”, muestran cómo el colonialismo recurre al terror para inscribir lo real en lo inasible del *espacio de muerte*. Al respecto, Michael Taussig indica:

“[L]a creación de la realidad colonial acontecida en el Nuevo Mundo seguirá siendo motivo de inmensa curiosidad y estudio —el Nuevo Mundo donde los ‘irracionales’ indios y africanos se inclinan ante la razón de un reducido número de cristianos blancos-. Sean cuales fueren las conclusiones a que lleguemos acerca de cómo esa hegemonía se implantó tan rápidamente, seríamos insensatos si pasáramos por alto el papel del terror (...) *El terror, que además de ser*

*un estado fisiológico lo es también social...; el mediador por excelencia de la hegemonía colonial: el espacio de muerte donde el indio, el africano y el blanco dieron a luz un Nuevo Mundo” (Taussig, 2004: 26-27).*

*Efecto del terror*, el colonialismo se hace ‘cuerpo’, corporalidades constituidas desde la percepción y experimentación de una forma de violencia extrema. El colonialismo se hace, ante todo, una determinada forma de *sentir* y *experimentar* (vivir) la ‘realidad’. Pero si bien es claro que la violencia del terror opera como partera del mundo colonial, como tal, para perpetuarse, precisa transformarse y complejizarse. En su ‘evolución’ histórico-geográfica, la expansión y normalización del colonialismo nos habla de una nueva fisiología de la dominación, que se expresa en la reproducción cíclica de la violencia. En tales ciclos, se pueden distinguir tres formas básicas, a saber: *la violencia originaria, extrema, del terror; la violencia instituyente, económica, de la expropiación; y finalmente, la violencia legitimante, naturalizada, del fetichismo.*

Conviene explicitar brevemente cómo entendemos la dinámica genérica de los ciclos de violencia colonial. A la ya referida y fundante etapa de la violencia extrema del terror, le sigue la violencia instituyente de la expropiación. El propio ejercicio terrorista de la violencia está directamente enfocado a instaurar la fase de la expropiación. Dicha expropiación es, elementalmente, expropiación de los *medios de vida*, de los medios a través de los cuales emergen y se re-crean las *formas de vida*. De allí que la expropiación, como forma de violencia productiva, tiene que ver no con el ‘arrebato’ de ‘algo’, sino con la producción colonial de formas de existencia; formas de vida colonizadas, expropiadas y re-apropiadas,

destruidas y re-creadas, desde la lógica práctica del extrañamiento y la puesta-en-disponibilidad por y para el poder colonial.

Como violencia expropiatoria de los medios de vida, la economía política del colonialismo se dirige, ante todo, a la *expropiación territorial*; una violencia que se ejerce simétrica y recíprocamente sobre los territorios y los cuerpos. Parte de producir una separación radical entre unos determinados cuerpos de sus respectivos territorios originarios. El territorio da cuenta de las fuentes y medios de vida que hacen materialmente posible la existencia (Santos, 1996). Sin ellas, los cuerpos se ven expropiados de las energías que hacen posible su *hacer*, expropiados de sí en la raíz misma de su ser, que es el obrar. Es decir, la expropiación de los territorios es necesariamente correlativa de la expropiación de los cuerpos: es expropiación de los ‘recursos’ que nos hacen ‘cuerpos’, y es expropiación de la capacidad de obrar de esos cuerpos.

Esa dinámica expropiatoria implica el ejercicio sistemático y de larga duración de una violencia productiva, inseparablemente semiótica, económica, jurídico-política y militar; una violencia a través de la cual tiene lugar la correlativa producción colonial de ‘subjetividades’, ‘naturalezas’ y ‘territorialidades’ adaptadas y sujetas a las reglas coloniales de la acumulación sin fin, de la acumulación como fin-en-sí mismo. Ya en esta fase, la violencia de la expropiación, lógica práctica del capital, se con-vierte –en su pleno sentido religioso- en ‘normalidad’ /fetichización (Marx, [1857] 1971; [1867] 1977; Dussel, 1993).

El radical dolor social que produce la acción expropiatoria (la experimentación, por la sensibilidad de los cuerpos, del acto expropiatorio), da lugar a la necesaria articulación práctica entre *expropiación* y *regulación de las sensaciones* (Scribano 2007; 2008a; 2008b; 2010). La regulación de las sensaciones tiene que ver con una forma secular de violencia dirigida y aplicada a producir la *expropiación de lo que sentimos*.

Como especifica Scribano, “*el dolor social es un sufrimiento que resquebraja ese centro gravitacional que es la subjetividad y hace cuerpo esa distancia entre el cuerpo social y el cuerpo individuo*” (2007: 129). Para suturar ese dolor, la violencia colonial se transforma en fetichismo/fetichización: lógica práctica de regulación de las sensaciones. *El fetichismo, como economía moral del capital, implica fundamentalmente un proceso de sustitución de los sentimientos, las emociones y los deseos por esa única forma de percibir, ver y sentir propiamente moderna/colonial que es el ‘interés’* (Elías, [1977] 2011). A través del fetichismo de la mercancía, tiene lugar la instalación del ‘interés’ como el medio por excelencia de producción y regulación de las sensaciones y las relaciones.

Así, en sus fases avanzadas, los efectos fetichizadores y fetichizantes de la mercancía están en el meollo de los dispositivos de producción y regulación de las subjetividades y sociabilidades propias del mundo colonial. *Sin esa fascinación sobrenatural que invierte el estatus y condición de los objetos-portadores-de-valor en ‘algo sagrado’* (motivo de *veneración y culto*, en Marx; *sacrificio*, en Simmel) *no se podrían entender cómo, desde el interior mismo de las culturas-en-proceso-de-expropiación, se fracturan las resistencias anti-coloniales y se invierte la dirección de las*

*fuerzas sociales para facilitar ahora la penetración del impulso colonizador.*

Es el fetichismo de la mercancía el que, de uno y otro lado del proceso expropiatorio, alimenta esa ansia insaciable de posesión y el que instituye, como acto de veridicción, el *valor de cambio* en tanto medida-de-todas-las-cosas. Ese fetichismo produce la integración de la historia del expropiador y el expropiado en la unidad (dialéctica) de la realidad colonial: realidad-historia que, desde la mirada de la razón imperial, motiva y justifica la violencia extrema de la conquista infinita, bajo los presupuestos de la ‘acción civilizatoria’ y que, desde la perspectiva del colono, reviste el proceso expropiatorio en fantasía colonial, en carrera desenfrenada hacia la meta –por cierto, quimérica- del ‘progreso’.

La colonización del deseo por el ‘interés’ constituye un proceso a través del cual se instala el fetichismo como principal dispositivo de regulación de la vida social desde sus estratos más ‘íntimos y profundos’: las emociones y los sentimientos. Al operar la expropiación del ‘propio-sentir’, este proceso da lugar a la *inversión* de la violencia destructiva de la expropiación, en fuerza creativa del ‘mundo del progreso’. Bajo el prisma del ‘interés’, la violencia colonial no se presenta ya como ‘imposición’, ‘heteronomía’ o ‘sometimiento’, sino más bien como ‘libertad’; una violencia propiamente productiva que, bajo el imperativo de la ‘autonomía’, produce, *las formas de existencia ajustadas a la vigencia y reproducción de la dominación colonial.*

En este punto se hace evidente cómo la colonización de los territorios se proyecta en la de las subjetividades e identidades colectivas. La dinámica expropiatoria instala,



como violencia endémica, de la vida cotidiana, la lógica del extrañamiento, la ‘inversión de las miradas’ que es lo propio de la mirada colonial del mundo. *La lógica de la inversión (del capital) implica así la producción colonial de identidades invertidas; vidas vividas al revés: vividas por otros y para otros.*

***De expropiaciones, amputaciones y anestésias.  
Política de las emociones en contextos  
extractivistas***

“No te podés imaginar lo que fue Santa María cuando llegó la Alumbra! Nosotros teníamos feriado ‘vuelta a vuelta’, porque se suspendían las actividades para que vayamos a ver cómo llegaban las maquinarias!... Y veíamos cómo los camiones pasaban por la ciudad, camiones enormes, y rompían el pavimento y cortaban los cables, los cables de la luz, del teléfono, pero no importaba, estábamos felices, porque todos creíamos que la minería iba a ser el gran despegue, porque eso es lo que se encargó el gobierno de hacernos creer...” (Liliana, 39, Catamarca, Argentina, Marzo de 2007)

“Yo pertenezco al Pueblo Wichi... Un pueblo que ha sufrido, como otros, el atropello de haber sido considerados inferiores. Esa mentalidad, que vino hace más de 500 años, sigue hoy sin cambio. Nosotros seguimos considerados pueblos inferiores. Por eso será que nos siguen invadiendo, nos siguen desalojando, nos siguen usurpando. La guerra todavía no ha cesado contra nosotros... y hoy también contra los pueblos criollos. Ya no es con el Winchester, ni con el Máuser, sino con la soja, el hambre, la miseria y el tan temido desmonte...” (Octorina Zamora, dirigente del Pueblo Wichi, Embarcación, Argentina, Diciembre de 2009).

“La responsabilidad social empresaria nos ha convertido en un pueblo de mendigos... Nos quieren acostumbrar a que todo le tengamos que pedir ‘de favor’ a la minera... Nos quieren mantener contentos, calladitos y sumisos con las dádivas que nos dan...” (Marcos Pastrana, dirigente diaguita-calchaquí, Argentina, febrero de 2012)

Como en los orígenes, la reorganización neocolonial del mundo acontecida bajo la vorágine neoliberal, ha tenido como ámbito destacado de experimentación y realización, al territorio y las poblaciones de NuestrAmérica. También como entonces, el poder colonial ha reaccionado intensificando las tasas y los ritmos de apropiación y explotación desigual de la Naturaleza. En este sentido, el neoliberalismo ha significado algo más que una reasignación conservadora del poder a escala mundial; ha implicado una profunda reorganización de las modalidades y vínculos del colonialismo. Con ello, ha tenido lugar la estructuración de un nuevo régimen ecobiopolítico de producción de la dominación social a escala global, sustentado en nuevas formas de representación, apropiación y disposición, tanto de las energías corporales y sociales (sujetos-trabajo), cuanto de sus propias fuentes materiales (tierra-territorios).

En América Latina, la refundación neoliberal del orden colonial en estuvo trágicamente signada por la activación y desarrollo de un *nuevo ciclo de violencia imperialista*. La cronología de este nuevo ciclo remite, en sus orígenes, a la violencia extrema de los terrorismos de Estado drásticamente impuestos durante los '70 y prolongada en la economía del terror de los '80, mediante la violencia disciplinadora-racionalizadora de la

expropiación, iniciada con la deuda externa y los ajustes estructurales; prolongada y completada, luego, con la ola de privatizaciones, apertura comercial, desregulación financiera y flexibilización laboral de los noventa. Tras esa fase, la violencia se torna endémica y se abre la etapa de la naturalización desde los primeros años del 2000 y que rige hasta nuestros días, bajo las formas fetichizadas de la fantasía desarrollista que alienta la voracidad del extractivismo.

Así, usualmente festejado como ‘salida’ del neoliberalismo, *la instauración del extractivismo viene a significar, en realidad, su fase superior; el desarrollo de un nuevo ciclo de re-colonización del continente*. Se completa la imposición de lo que Scribano ha caracterizado como *un nuevo régimen de sujeción colonial* (Scribano, 2010). En un contexto de agotamiento del mundo, cuando el imperialismo ecológico históricamente ejercido no basta ya para suturar la devastación inevitable del metabolismo social del capital, la ley de la acumulación se torna, más cruentamente, ‘acumulación por desposesión’ (Harvey, 2004). Estamos en la fase del capitalismo senil, en el que todas las formas de la violencia colonial convergen y coexisten en un mismo escenario socio-histórico: el terror de la represión y la criminalización de las protestas; la violencia expropiatoria que expulsa a las poblaciones de sus territorios: la *inversión* que las despoja de sus fuentes de nutrientes, de agua, de aire y de energía; en fin, la violencia sutil del fetichismo, ese que amortigua los cuerpos; que usurpa sus emociones y sentimientos y, bajo el influjo de las mercancías de moda, coloniza sus deseos y domina sus almas.

Sólo a través de esta sideral convergencia de formas de violencia, avanza y prospera la economía política del extractivismo; una economía emblemáticamente colonial, como lo fue históricamente toda *economía de enclave*. Los impactos y efectos geopolíticos, ecológicos, macroeconómicos y político-institucionales del extractivismo han sido ya largamente indagados y expuestos en una amplia literatura recientemente producida en NuestrAmérica. A ellos, para auscultar en sus más profundos misterios, es preciso sumar una indagación de la ecología política de las emociones que esta fase neocolonial supone y activa.

Desde esta perspectiva, el extractivismo expresa un nuevo régimen colonial de regulación de las emociones. Como todo orden colonial, su anatomía política reposa en la violencia expropiatoria que avanza y se ejerce sobre el *mundo de la vida*. El dolor de la expropiación “*se hace carne primero y callo después*” (Scribano, 2007: 131). El extractivismo opera produciendo una radical expropiación *ecobiopolítica*, que alude al efecto de violencia material y simbólica a través de la cual el capital ejerce el dominio sobre los territorios y los cuerpos; disposición de sus fuentes y medios de vida, y disposición sobre su fuerza de trabajo: disposición integral de sus cuerpos, es decir, de sus energías físicas y psíquicas, de sus aptitudes y conocimientos, de sus emociones y sentimientos; de sus ideas, valores y deseos... Como tal, la expropiación ecobiopolítica alude a la aniquilación de derechos, correlativa a la devastación territorial-corporal: porque los cuerpos expropiados de sus territorios-alimentos, las poblaciones fumigadas, deshidratadas y desnutridas; intoxicadas por múltiples

contaminantes, y recluidas a los espacios sociales de la basura y de los riesgos ambientales, son poblaciones expropiadas de las energías sociales requeridas para reconocidas como 'sujetos'; *son cuerpos literalmente superfluos, es decir, sobrantes y desafectados ...*

Como radical expropiación/extrañamiento de los cuerpos (energías físicas, capacidad de trabajo, emociones, sentimientos y deseos), el extractivismo neocolonial inaugura, así, una forma de dominación que pasa *desapercibida*. Opera creando un entorno de extrañamiento existencial en el que las relaciones, la sociabilidad, las sensibilidades y las subjetividades van a ser completamente re-definidas y reestructuradas bajo la lógica del *interés*, y en el que la dominación se inscribe en la propia piel, marca los cuerpos y crea un modo de sujeción que opera por *epidermización* (Fanon, [1952] 1973: 10).

*Así, los cuerpos, los rostros, las miradas y las formas sociales del sentir, en el actual orden neocolonial, llevan la marca de la subalternidad; pasan a estar formateados por la lógica del extrañamiento; por el miedo de la violencia extrema del terror; por las huellas de la desnutrición y el hambre como violencia económica; por la aceptación de las posiciones de superioridad/inferioridad que terminan de encarnarse tras años y años de explotación. Son cuerpos expropiados de su propia sensibilidad; incapaces, por tanto, de percibir y sentir la dominación.*

El extractivismo condensa y materializa hoy, en Nuestra América, este escenario neocolonial principalmente bajo dos grandes regiones-modalidades, donde predominan variantes de la misma *lógica sacrificial*: las zonas de las *colonias-maquila*, donde la acumulación

acontece mediante formas renovadas de esclavitud; y las zonas de las *colonias-commodities*, donde la expropiación política se ejerce sobre los cuerpos mediante la disposición directa de sus territorios.

En ambas, la eficacia práctica de la sujeción colonial extractivista puede verse a partir de una ecología política de las emociones, enfocada a desenmascarar los regímenes de soportabilidad y epidermización de la sujeción colonial. Desde lo expuesto, se nos ocurre expresarla bajo la figura de la metáfora quirúrgica: en términos de amputaciones y anestesias. Cabe dudar hasta qué punto esto es todavía una metáfora y preguntarse si no se trata ya de una estricta caracterización científico-filosófica de lo que realmente está aconteciendo en los territorios de Nuestra América. La voracidad del capital avanza bajo mil formas de la inversión extractivista (forestales y pasteras, mineras, petroleras; las industrias del agronegocio, etc.) y lo hace arrasando los territorios como espacios de vida de las poblaciones que contiene. Dados los existenciales flujos energético-nutricios que ligan las poblaciones a ‘sus’ territorios, la expropiación territorial puede verse como un proceso de amputación, donde una parte del cuerpo inorgánico de la naturaleza es diseccionado y extraído del conjunto del cuerpo-social.

El dolor social de semejante amputación sólo puede tornarse ‘soportable’ a través de dosis adecuadas de ‘anestesia’ administradas por el poder bajo cambiantes ecuaciones de asistencialización y de represión-criminalización. En tiempos de ‘auge’, los gobiernos cuentan con los recursos necesarios para administrar esas dosis requeridas de anestesias: asistencialismo y distribucionismo onírico que produce así poblaciones

anestesiadas, esto es pre-dispuestas a la expropiación-amputación. Anestesia: *“Falta o privación general o parcial de la sensibilidad, ya por efecto de un padecimiento, ya artificialmente producida”* (Diccionario de la Real Academia Española). *El efecto de la anestesia es crear zonas, momentos, instancias de insensibilidad; el paciente anestesiado deja de sentir las ‘señales’ que le emite su propio cuerpo; deja de sentir su propio dolor; deja de sentir su cuerpo(-territorio) como propio... Literalmente expropiado...*

### **Sangre, sudor y lágrimas. Sensibilidades rebeldes y movimientos del Buen Vivir en los umbrales del extractivismo**

“El agua que ingerimos todos los días se convierte en el plasma de nuestra sangre, en el vapor y líquido que exudamos, en el fluido que liberan nuestros lagrimales. Tarde o temprano, por el daño ambiental causado por un pozo y el daño acumulado de cientos o miles, nos quedaríamos sin el agua que necesitamos para transpirar, para llorar de alegría o de tristeza... Creo que si se hiciera fracking en nuestra provincia, lo pagaríamos literalmente con sangre, sudor y lágrimas.”, (Javier Cabrol, estudiante, Entre Ríos, Argentina<sup>4</sup>).

“Acá estamos los que sufrimos el territorio, los que sentimos las agresiones al territorio, no otra cosa es lo que nos une... Gran parte de esta sociedad ya ha perdido el contacto con el territorio... Esta sociedad vive de la góndola del supermercado, del cajero automático y de la computadora... Está desconectada de su territorio. Por eso no siente las agresiones que se le hacen. En

---

<sup>4</sup> Testimonio tomado de Daniel Tirso Fiorotto, “Fracking, una fábrica de bronca y resistencia” publicado en el semanario digital “Análisis”: <http://www.analisisdigital.com.ar/noticias.php?cd=978&di=1&no=174640>

cambio nosotros, sabemos y sentimos que sin territorio no somos nada...” (Marcos Pastrana, dirigente diaguíta-calchaquí, Argentina, abril de 2009)

El proceso de colonización-mercantilización de la vida ha ido transformando nuestras sociabilidades, nuestras sensibilidades y nuestras subjetividades: los modos de sentir, percibir, concebir, vivir y valorar la vida. La colonización-mercantilización implica la creación de una sensibilidad-subjetividad educada en la experiencia de ‘vivir’ *con, del, por y para* el dinero-mercancía; una experiencia que ‘curte’ los cueros bajo la consigna fetichista de que “*sin dinero no se puede vivir, pero sin tierra sí*”. La mercantilización de la vida como expresión suprema, acabada, total, del mundo invertido del colonialismo, presenta al dinero –provocador de muerte- como medio y sentido total de la vida. Como advertía Marx,

“Si el dinero es el vínculo que me liga a la vida humana, que liga a la sociedad, que me liga con la naturaleza y con el hombre, ¿no es el dinero el vínculo de todos los vínculos? ¿No puede él atar y desatar todas las ataduras? ¿No es también por esto el medio general de separación? Es la verdadera moneda divisoria, así como el verdadero medio de unión, la fuerza galvanoquímica de la sociedad” (Marx, [1844] 2000).

En los entornos coloniales, en los matorrales subalternizados de la ‘civilización’, drásticamente signados por la ‘falta de dinero’, la gran inversión-cosificación de la vida y de las relaciones adquiere dimensiones brutales. Contra la ‘refinada’ identidad convencional que pretendió Occidente de ‘colonización



= civilización’, Césaire ([1950] 2006) plantea su contrario: “*Colonización = cosificación*”.

Así, llegamos al fondo etiológico de la patología colonial de la moderna civilización del capital. Se trata de una civilización profundamente insensible; radicalmente amortiguada, es decir, incapacitada para sentir los dolores que provoca la explotación, explotación de los cuerpos-poblaciones despojadas de su humanidad, inferiorizadas, racializadas; y explotación de la Tierra-Madre, Ser Vivo, fuente de vida, proveedora de los medios de vida, pero despojada de su condición de ser, objetualizada, sometida a las torturas de la experimentación científica, reducida a mera fuente de ‘recursos’ ‘materias primas’ para la fabricación de mercancías...

En su profunda historicidad la violencia colonial produce una determinada forma de insensibilidad que anestesia los cuerpos (los individuales y los sociales); provoca adormecimientos en los músculos de la indignación y la rebeldía... Tanta violencia estructural bombardea sistemática e ininterrumpidamente los capilares y las terminales sensoriales de cuerpos y almas y los va, de a poco, ‘domesticando’ – ‘civilizando’, es decir, acostumbrándolos a mirar el horror sin verlo de verdad, y sin sentirlo; a tolerarlo más bien; y finalmente, a aceptarlo y hasta a justificarlo: el horror como el precio que hay que pagar para ‘ser civilizados’/‘desarrollados’... Así, la barbarie se impone en nombre de la civilización. Y las miradas miran ya sin ver... Miran el mundo invertido del colonialismo, mundo creado a imagen y semejanza del Capital; mundo pensado por y para el ‘interés’ del inversor... Y cuando

los ojos no pueden ver y los cuerpos no pueden sentir (estadio último de las expropiaciones coloniales), no hay reacción social posible; no hay energías de indignación que movilicen las rebeldías y los ánimos de transformación... Las sociedades coloniales son, en definitiva, como las definió Aimé Césaire, sociedades que han perdido, no la cabeza, sino más bien el corazón (Césaire, [1950] 2006).

Y sin embargo, es allí, paradójicamente, en la tierra arrasada del extractivismo, en los territorios “sacrificables”, en las poblaciones sujetas a expropiación, a represión y a criminalización, donde los *movimientos del Buen Vivir* encuentran el suelo fértil y propicio para la germinación de alternativas... Pese a tanta violencia civilizatoria, hay todavía, y de forma creciente, ‘reductos de barbarie’... Son los que habitan los suelos profundos de NuestrAmérica... Los que están re-naciendo y re(ex)sistiendo en lucha contra el hambre, contra la expropiación y contra la contaminación... Son auténticamente *in-civilizados*: poblaciones literalmente inmunes a las anestésias fetichistas del consumismo; han roto con las fantasías desarrollistas y sienten, por tanto, en carne propia las desgarraduras de los territorios... Viven como poblaciones afectadas por la ‘locomotora del progreso’, pues sus sensibilidades están vivencialmente conectadas a la Tierra-Madre... *Ellos saben bien que sus cuerpos son, en el más profundo sentido filosófico y en el más estricto sentido científico, territorio...* Que el agua de los ríos corre también roja por sus venas; se hace llanto de dolor; se hacen lágrimas también de emoción y de alegría...

No es puro y romántico ‘*pachamamismo*’, como desde la razón colonial se pretende descalificarlos y

estigmatizarlos, para una vez más, someterlos a exterminio... Se trata del más severo y serio mensaje político lanzado últimamente desde NuestraAmérica... Es el Grito de la Tierra y de los Pueblos que viene a plantear una tesis política radicalmente ‘incorrecta’: vienen a *recordar* que *el progresismo es colonialismo*. Siempre lo fue. Desde los orígenes; ya de derecha, ya de izquierdas... Nuestras “clases dirigentes” han gobernado históricamente ‘persiguiendo’ el “desarrollo”; han construido y destruido en nombre del desarrollo; han prosperado (ellos) y han empobrecido (a las mayorías); han dictado leyes y han matado en nombre del “desarrollo”... Casi como una obsesión, cuanto más esfuerzos y recursos se invierten en pos de él, tanto más ‘subdesarrollados’ nos han hecho...

Los movimientos del Buen Vivir no necesitan recordarlo. Llevan marcadas las “huellas del progreso” en sus cuerpos-territorios... Saben bien que el “desarrollo” es el nombre de la colonialidad, ese estado mental, afectivo y político en el que la dominación y la depredación de nuestras energías vitales, de nuestras riquezas y de nuestros sueños no precisa ya de fuerzas de ocupación extranjeras, ni de ‘virreinos’; se administra más ‘económicamente’ (como planteaba Jeremy Bentham en su “Manual de Economía Política”), con colonos pre-dispuestos a la “obra del progreso”.

Y los movimientos del Buen Vivir traen también otra verdad, esta sí, realmente incómoda: vienen a afirmar que no hay salidas a la crisis ecológica dentro de los límites civilizatorios del capital (Altvater, 2011). Si el Buen Vivir está llamado a significar políticamente algo, sólo puede serlo en el sentido de enunciar un horizonte

auténticamente, radicalmente post-capitalista.... Esto, claro, suena “utópico” en el peor sentido de la expresión; pero –acláremoslo- suena así para los oídos que han sido educados en una racionalidad para la cual es más “sensato” pensar en el fin mismo de la vida en el mundo, que imaginar posibilidades de otros horizontes civilizatorios...

### **Bibliografía**

AA.VV. 2009. *Extractivismo, Política y Sociedad*, Quito – Montevideo: Centro Andino de Acción Popular y Centro Latinoamericano de Ecología Social.

AA.VV. 2012. Extractivismo, contradicciones y conflictividad - *Revista América Latina en Movimiento* N° 473, Año XXXVI, Quito: ALAI.

ACOSTA, Alberto. 2009. *La maldición de la abundancia*. Quito: Abya Yala.

ALIMONDA, Héctor. 2011. *La Colonialidad de la Naturaleza. Una aproximación a la Ecología Política Latinoamericana*. En Alimonda, H. (Coord.), *La Naturaleza Colonizada. Ecología política y minería en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO - CICCUS.

ALTVATER, Elmar. 2011. *Los límites del capitalismo. Acumulación, crecimiento y huella ecológica*. Buenos Aires: Mardulce.

ARCEO, Enrique. 2007. *El Fracaso de la Reestructuración Neoliberal en América Latina. Estrategias de los sectores dominantes y alternativas populares*”. En Basualdo y Arceo (Comp.) *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales*. Buenos Aires: CLACSO.

CEPAL. 2002. *La sostenibilidad del desarrollo en América Latina y el Caribe: desafíos y oportunidades*”. Santiago de Chile: CEPAL.

CEPAL. 2010a. *Indicadores Ambientales de América Latina y el Caribe 2009*, Santiago de Chile: CEPAL.

CEPAL. 2010b *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile: CEPAL.

CÉSAIRE, Aimé [1950] 2006. *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Akal.

CHIBBER, Vivek. 2005. *¿Reviviendo el estado desarrollista?: El mito de la 'burguesía nacional'*. En *Socialist Register 2005. El Imperio recargado*, pp. 165-189. Buenos Aires: CLACSO.

CIFUENTES VILLARROEL, Ricardo 2006. Transnacionales, saqueo de recursos y conflicto ambiental en Latinoamérica - En *Globalización, Revista Mensual de Economía, Sociedad y Cultura*. Agosto-Septiembre.

DUSSEL, Enrique. 1992, 1492: *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del mito de la Modernidad*. Madrid: Nueva Utopía.

DUSSEL, Enrique. 1993. *Las metáforas teológicas de Marx*. Navarra: Verbo Divino.

DUSSEL, Enrique. 2000. *Europa, Modernidad y Eurocentrismo*. En Lander (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.

ELIAS, Norbert [1977] 2011. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.

FANON, Franz [1952] 1973. *Piel Negra, Máscaras Blancas*. Buenos Aires: Editorial Abraxas.

FANON, Franz [1961] 2001. *Los condenados de la Tierra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

FOLADORI, Guillermo 1996. La cuestión ambiental en Marx. En *Revista Ecología Política* N° 12, Diciembre, pp. 125-138.

FOSTER, John Bellamy. 2004. *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. Madrid: El Viejo Topo.

GUDYNAS, Eduardo. 2009. *Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual*. En AA.VV. *Extractivismo, política y sociedad*, Quito-Montevideo: CAAP y CLAES.

HARVEY, David. 2004. El 'nuevo' Imperialismo: acumulación por desposesión - *Socialist Register* N° 40, *El Nuevo Desafío Imperial*, pp 99-129. Buenos Aires: CLACSO.

MACHADO ARÁOZ, Horacio. 2010. *Minería transnacional y neocolonialismo. Cuerpos y Territorios en las disputas coloniales de nuestro tiempo*. En AA.VV. *Resistencias Populares a la Recolonización del continente*, Buenos Aires: Ediciones América Libre.

MACHADO ARÁOZ, Horacio. 2011a. *El auge de la minería transnacional en América Latina. De la ecología política del neoliberalismo a la anatomía política del colonialismo*. En Alimonda, H. (Coord.) *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

MACHADO ARÁOZ, Horacio. 2011b. - Las herencias de Occidente. Crisis ecológica, colonialismo y hambre. - *Revista Arenas* N° 3. Doctorado en Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Catamarca, Octubre-Diciembre.

MACHADO ARÁOZ, Horacio. 2012. Los dolores de Nuestra América y la condición neocolonial. Extractivismo y biopolítica de la expropiación.- *Revista OSAL Observatorio Social de América Latina* Año XIII, N° 32, Noviembre de 2012, pp.51-66.

MARIÁTEGUI, José Carlos [1929] 2004. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Buenos Aires: Editorial Gorla.

MARTINS, Carlos Eduardo. 2005. *Neoliberalismo e desenvolvimento na América Latina*. En Estay Reyno (Comp.) *La economía mundial y América Latina. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires: CLACSO.

MARX, Karl [1867] 1977. *El Capital*. Tomo I. México: Siglo XXI.

MARX, Karl [1857] 1971. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Buenos Aires: Siglo XXI.

MARX, Karl, [1844] 1978. *Manuscritos de París*. Barcelona: Crítica.

PORTO GONCALVES, Carlos Walter. 2006<sup>a</sup>. *A Reinvenção dos Territórios: a experiência latino-americana e caribenha*". En Ceceña, Ana (Comp.) *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*. Buenos Aires: CLACSO.

QUIJANO, Aníbal. 2000. El fantasma del desarrollo en América Latina\_ *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 6 N° 2 (mayo-agosto), pp. 73-90

ROITMAN ROSENMAN, Marcos. 2008. *Pensar América Latina. El desarrollo de la sociología latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.

SANTOS, Milton. 1996. *Metamorfosis del Espacio Habitado*. Barcelona: Oikos-Tau.

SCHAPER, Marianne. 1999. *Impactos ambientales de los cambios en la estructura exportadora en nueve países de América Latina y el Caribe: 1980-1995*. Santiago de Chile: CEPAL.

SCRIBANO, Adrián. 2007. *Mapeando Interiores. Cuerpo, Conflicto y Sensaciones*. Córdoba: Sarmiento Ed.

SCRIBANO, Adrián. 2008a. Cuerpo, conflicto y emociones: en Argentina después del 2001 - *Revista Espacio Abierto*, 17 abril-junio, pp. 205-230.

SCRIBANO, Adrián. 2008b. Fantasmas y fantasías sociales: notas para un homenaje a T. W. Adorno desde Argentina - *Intersticios: Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*. Vol 2 N° 2, pp. 87-97.

SCRIBANO, Adrián. 2008c. Bienes Comunes, Expropiación y Depredación Capitalista - *Estudos de Sociologia* Vol 12, No. 1, pp. 13-36.

SCRIBANO, Adrián. 2009. *A modo de epílogo. ¿Por qué una mirada sociológica de los cuerpos y las emociones?*. En Scribano, A. y Figari, C. (Comp.) *Cuerpo(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*. Buenos Aires: CLACSO – CICCUS.

SCRIBANO, Adrián. 2010. “Un bosquejo conceptual del estado actual de la sujeción colonial”. En *Onteaiken* N° 9, Boletín sobre Prácticas y Estudios de Acción Colectiva. Publicación del Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Junio de 2010.

SCRIBANO, Adrián. 2012. *Teorías Sociales del Sur: Una mirada post-independentista*. Buenos Aires: Editorial Sociológica.

SCRIBANO, Adrián, HUERGO, Juliana y EYNARD, Martín. 2010. *El hambre como problema colonial: Fantasías sociales y Regulación de las sensaciones en la Argentina después del 2001*. En Scribano y Boito (Comp.) “*El purgatorio que no fe. Acciones profanas entra la esperanza y la soportabilidad*”. Buenos Aires: CICCUS.

SEOANE, José. 2005. *Movimientos sociales y recursos naturales en América Latina: resistencias al neoliberalismo*,



configuración de alternativas - *OSAL, Observatorio Social de América Latina*, año VI, N° 17, pp. 93-107.

SOUZA SANTOS, Boaventura. 2009. *Una epistemología del Sur*. México: CLACSO, Siglo XXI.

SVAMPA, Maristella. 2012. Consenso de los commodities y megaminería - *Revista América Latina en Movimiento* N° 473, Año XXXVI, pp. 5-8.

TAUSSIG, Michael. 2004. *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje: un estudio del terror y la curación*. Bogotá: Ed. Norma.

\*

**Abstract:** Departing from the historical - geopolitical connections that we identify between neoliberalism, extractivism and neocolonialism, the present work seeks to plan a critical cartography of the current predominant developmentalism in Latin America. Especially, it is tried to investigate in the specific political ecology of the emotions that forms as structural base of the environments of modern - contemporary of colonialism. Based on a political basis Marxian ecology and developments of the sociology of emotions in key decolonial offered by Scribano, labor relies on a review of the main changes verified in recent decades in the region, supporting us methodologically, both in the bibliographical revision of the problematic, and macro statistics available and in the ethnographic work carried out in recent years in communities affected by mining mega-projects. By way of conclusion, it seeks to highlight the relevance of the concept of ecobiopolitical expropriation as effect of specific policy bodies and emotions that is activated in the current scenarios of extractivism. In contrast, offers a differential assessment of meanings and political horizons that as alternatives, open and are in the process of production from social movements in resistance to the current pattern of domination. **Keywords:** extractivismo, neocolonialism, political of the emotions

